

## Ellas... y ellos

No por antigua deja de ser chocante la forma de repartirse la responsabilidad por los desórdenes morales cuando son sus protagonistas los dos sexos. Generalmente carga con la culpabilidad, si no en su totalidad, por lo menos en su máxima parte, la mujer y el fallo dado en tribunal por los hombres se acepta sin protestas por injusticia o reclamos por revisión. Casi es inapelable.

El fenómeno con características definidas apunta ya en la cuna de la humanidad y a su paso progresivo por la historia se repite casi en todos los pueblos con uniformidad cansona. En ese forcejeo por definir la culpabilidad de los platos rotos, podemos consignar la respuesta de la primera pareja en el momento de su transgresión. Al pedirles cuenta de su conducta contra el precepto divino, responde tranquilo Adán, como si no hubiera intervenido en el hecho: "La mujer que tú me diste fué la culpable". Eva a su vez, más gentil con su esposo, si bien tan irresponsable como él, procura escurrir la deuda y se la endosa a la serpiente.

Hoý día puede decirse que la serpiente ha desaparecido; que el juego de "echarse la culpa" se limita a los Adanes y Evas y que éstas infelices tienen que cargar en silencio con toda la responsabilidad. Ellas son las malas; ellos son inocentes, las víctimas de la perfidia solapada de sus compañeras.

En un Congreso. El año 1938 se celebraba en Caracas el primer Congreso Venezolano del Niño. Desgraciadamente la situación angustiosa de la infancia abandonada, entonces casi tan grave como ahora, obligaba a penetrar en sus hondas raíces para hallar una solución definitiva. La fórmula fué muy simple y se reducía, como se repitió hasta la saciedad, "en un binomio cuyos términos eran madre e hijo". Y la gente... tan satisfecha y contenta; viendo que si había un niño era porque había una madre; que si había un niño abandonado era porque la madre no cumplía con su deber; que si las privaciones llovían sobre el niño era

porque la madre no las podía o no las quería satisfacer. Y llovían acusaciones tras acusaciones sobre la madre, incapaz para atender a la normal crianza y educación del hijo. Nadie sabía, por lo visto, que si hay madre debe haber padre y si el hijo sufre de privaciones es porque falla más que el esfuerzo de la madre el esfuerzo del padre. Por extraña que parezca la afirmación fue cierta ni escapada al azar, sino repetida conscientemente. Escojamos un ejemplo de la Memoria: "Agreguémosle la incapacidad de nuestra mujer pobre para ganarse honradamente una remuneración suficiente con que atender a sus necesidades y a las de sus hijos" (Memoria del Primer Congreso Venezolano del Niño. Tom. 1º, pág. 252).

Las Monjas. A ellas que con verdad pueden decir que no tienen arte ni parte en el asunto, les toca intervenir con su pureza y espíritu compasivo en su arreglo y curación. Sin salirnos de Caracas ahí está el Buen Pastor y ahí están las Adoratrices. Sus manos detienen con frecuencia a la joven incauta o débil o tentada que corre hacia el abismo y a veces curan y tratan de cicatrizar las profundas heridas corporales y espirituales que desgarran sus cuerpos y sus almas. Hasta el lupanar han descendido estos ángeles y en el degradado ambiente del vicio han escrito una tierna historia de pureza y caridad. Avezadas por su vocación al problema tan delicado de la reforma de las caídas, conserva cada una en su memoria, como en ordenado fichero, historias y más historias de tragedias y miserias. Nunca asoma a su rostro ni el gesto de repugnancia ni el instintivo de la extrañeza que sobresalta ni suena en sus labios la palabra incisiva que maltrata. Su bondad tiende un manto pero si se trata de repartir responsabilidades no dejan de insinuar la triste realidad con diversos matices. "Pero ellos... también... Pero si son ellos los principales culpables... Pero si ellos tienen la culpa..." Fórmulas diversas que si bien matizan la culpabilidad, pero nunca eximen de ella al hombre.

**Posición falsa.** Recientemente salió a relucir el tema y públicamente se le abordó en la Prensa. El mal era cierto; la cantidad de niños abandonados (más de 23.000 solo en el Distrito Federal) habla no solo de la catástrofe, sino de su espantosa magnitud. Al designar sus causas se establecían:

- 1º) la pobreza material de la mujer.
- 2º) su falta de responsabilidad.
- 3º) su liviandad de costumbres.

**Conclusión:** Había que crear reformatorios y correccionales donde se fueran corrigiendo esos defectos. Para hacer frente a la pobreza se señalaba el aprendizaje de un oficio, familiar o industrial, adaptado al sexo. Para medir la responsabilidad de la conducta, urgía una preparación cultural más amplia y para atajar la libertad de costumbres, no se podía prescindir de los resortes morales.

No cabe duda que tanto en los motivos señalados como en los remedios apuntados, se indican verdaderas causas, aunque no todas. Pero lo que extraña es ver cómo se repite el mismo fenómeno con regularidad de ley inflexible. El hombre está ausente en esa espantosa tragedia; nada tiene que ver en ella. Y se siente tan tranquilo que constituyéndose en juez, cita a su tribunal a la mujer y lanza su fallo contra ella y en forma inapelable.

Los hombres. Sin embargo el hombre interviene en estos casos con frecuencia como factor principal y decisivo. En la explotación de los vicios, su organización y en ese tráfico de blancas, en la cúspide de toda la organización, quienes dirigen y se aprovechan del sórdido negocio, no son mujeres sino hombres. Ellos son los cazadores de inocentes víc-

timas, por más que se camuflen bajo la labor de criminales celestinas.

Hablando de la **Obra de las estaciones** dice un autor: "En solas las de París ha librado anualmente por decenas de millares a muchachas incautas o engañadas, restituyéndoles la libertad en el momento preciso en que el corredor desalmado las empaquetaba para el mercado en países extraños, donde pudiera burlar más fácilmente las pesquisas de la policía". (Zalba—La prostitución ante la Moral y el Derecho, pág. 4 Madrid - 1942).

Esa ha sido la historia sempiterna y cuantas veces se han abierto investigaciones, ocultos y agazapados, tras un cortinaje femenino aparecen los Monipodios que dirigen la degradante comparasa. Bien está que se reformen las mujeres y que adecenten sus vidas hundidas en el abismo, pero la mejora sería muy-rápida y más radical si se adecentaran los hombres y corrigieran sus nefastos propósitos.

**Una monja que canta claro.** Por el panorama religioso y literario de Méjico cruza la figura de una monja, Sor Juana Inés de la Cruz que desde sus primeros años de infancia brilla con rasgos de precocidad y cualidades geniales. No fueron fugaces sus esplendores y no pudiendo dentro del claustro contener el ímpetu natural de la inspiración, le dió desahogo en libros y poesías que, casi en su totalidad, a pesar de ser como espontáneos brotes, sin artificios estudiados, merecen puesto de honor en la literatura.

Bien ratifica este juicio la siguiente composición, bellísima glosa de cuanto anotamos.

## REDONDILLAS

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatis su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empafia el espejo  
y siente que no está claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata;  
y, si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis  
que con desigual nivel  
a una culpáis de cruel  
y a otra por fácil culpáis.

Pues, ¿cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere,  
y quejáis en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus liberales alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas

¿Cuál mayor culpa ha tenido,  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada  
o el que rueda de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga,  
la que pega por la paga  
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?

Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después con más razón  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

Tiene razón Sor Juana Inés: que se  
reformen las mujeres,... pero si antes se  
reformaran los hombres, con solo esto  
tendríamos recorrido más de la mitad del  
camino.

VICTOR IRIARTE.

## EL EPISCOPADO Y LA COMPAÑIA DE JESUS

Caracas: 1º de setiembre de 1947.

Reverendo Padre Juan María Ponce.  
ViceProvincial de la Compañía de Jesús.  
Su Despacho.

Muy Reverendo Padre:

El Episcopado Venezolano, reunido en Conferencias Extraordinarias, ha recibido la carta que Vuestra Reverencia, por intermedio del Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas, le ha enviado con fecha 30 de agosto próximo pasado.

Los Obispos de Venezuela, que siempre hemos visto con la más sincera simpatía y con profunda gratitud la meritoria labor de los Padres Jesuitas al frente de nuestro Seminario Interdiocesano, no podemos admitir la renuncia que V. R. nos presenta y cuyos motivos nos causan ciertamente hondo pesar.

Los injustos ataques que, por parte de bien conocidos grupos, ha sufrido la Compañía de Jesús últimamente en Venezuela merecieron y merecen nuestra

rotunda reprobación ya que, como Obispos, somos los que más íntimamente conocemos la abnegación de los Padres Jesuitas, como eximios colaboradores nuestros y del venerable Clero secular, máxime en la más importante de las obras de la Iglesia, cual es la formación de los sacerdotes.

Pedimos, pues, a V. R. se sirva llevar a conocimiento de los Superiores Mayores que el Episcopado no acepta, en manera alguna, la renuncia presentada en la expresada carta de la dirección de nuestro máximo Instituto Eclesiástico.

Quiera el Cielo, Reverendo Padre, que los sufrimientos a que los queridos Padres Jesuitas se ven sometidos en estos momentos se sumen a los del Episcopado Venezolano, los del Clero y los de las almas piadosas, como una súplica al Señor por la paz de la República y las grandes necesidades de nuestra Iglesia.

(Firman los Obispos asistentes).